

LA muerte reciente del genial cineasta activa mi memoria y me lleva a recordar la primavera de 1954 cuando yo le

YO TRABAJE A LAS ORDENES DE ORSON WELLES

Por Miguel DELIBES

conocí, aquí, en mi ciudad, Valladolid, con ocasión del rodaje de algunas escenas para su película «Mr. Arkadin». Por aquel entonces, Welles ya era famoso, pues, aparte su admirable iniciación («Ciudadano Kane»), acababa de interpretar «El tercer hombre», película que había recorrido en triunfo el mundo entero. Para el rodaje de aquellas escenas, Welles, que derrochaba una finísima sensibilidad, escogió el claustro y la escalinata del Colegio de San Gregorio, donde está instalado el Museo de Escultura Policromada, esto es, las tallas más felices de Berruguete, Juni y Gregorio Fernández. Francisco de Cossío era entonces director de este museo, y su secretario, José García Rodríguez, compañero en la Redacción de «El Norte de Castilla», periódico que cumplía por aquellos meses su primer siglo de vida y donde aún se componía con plomo, linotipias y estereotipia, en un proceso (que pronto quedaría anticuado) en el que todo se veía y se tocaba con las manos. A tono con aquella técnica (que hoy se nos antoja casi artesana) estaba la Redacción, un gran despacho alargado, con una mesa corrida en el centro, donde trabajábamos los redactores codo con codo, bajo una sola pantalla ovalada y metálica que, día y noche, derramaba equitativamente su luz sobre el tablero. Como era previsible, la llegada del monstruo a la ciudad fue acogida con generosidad por el diario, pese a que, en aquellos años de escasez de papel («El Norte» tiraba entonces seis páginas) y dificultades económicas, cuatro líneas de plomo eran sórdidamente valoradas. Y, por supuesto, la noticia se comentó en torno a aquella cumplida mesa familiar, en la que, justo es decirlo, proscrita toda iniciativa y con un producto racionado, no había demasiado que hacer. De aquellas conversaciones nació la decisión de participar como extras en la película de Welles mediante un estipendio que, si no recuerdo mal, era de diez duros,

más un bocadillo de jamón para mejor sobrellevar la brega a que nos sometía el genio hasta altas horas de la madrugada.

Por supuesto, nadie tenía idea de la trama de «Mr. Arkadin», tan sólo sabíamos que en San Gregorio, aparte las escenas para el argumento, cuyo rodaje nos estaba vedado, se filmaba un abigarrado carnaval de época, donde entre carpinteros, decoradores, electricistas y tramoyistas nos movíamos tres centenares de comparsas, las mujeres con vestidos largos y antifaces y los hombres con caprichosos atuendos y los rostros cubiertos por caretas. La mayor aportación de extras la daba la Universidad, estudiantes, chicas y chicos, gente joven, bienhumorada, a la que ni el mismo genio conseguía meter en cintura. Conservo una vaga idea de que en el hermoso claustro de San Gregorio, se reconstruía un baile de máscaras, como fondo de unas escenas sentimentales que protagonizaba Bod Arden. Y como complemento, otras, más bulliciosas, en la escalinata de piedra, donde se suponía que unas máscaras se ausentaban y otras llegaban a la fiesta, y entre las que subían y las que bajaban, se cruzaban moriquetas, chirigotas y chanzas en una babel inimaginable.

Sentado en una especie de jamuga (que quizá viajaba con él), abajo, sobre las losetas del patio, con el intérprete de pie, a su lado, grueso ya, corpulento, ceñudo, cariancho y levemente prognato, se hallaba Orson, el monstruo, autoritario, atento a los menores detalles, ofendido por el desorden y la indisciplina pincianos. Welles, vestido con pantalón gris de franela, chaleco negro y chaqueta de pana (media docena de cigarros habanos asomando, como una dentadura variada, por el bolsillo superior), fumaba todo el tiempo, enrollaba y desenrollaba nerviosamente un gran cuaderno blanco abarquillado, sin duda el guión de la película. Aquel hombre, que bajo un físico rudo recataba una sutil sensibilidad, disconforme con nuestros gestos y actitudes fiesteras, levantaba el noble trasero de la jamuga, gritaba, volvía a sentarse, gesticulaba y, ajeno al idioma de la comparsaría, echaba mano de un megáfono verde y los muros seculares de San Gregorio devolvían, estremecidos, los ecos de sus inglesas voces furibundas. Ante nuestra pasividad, el monstruo advertía la incongruencia de sus esfuerzos y entonces apelaba al intérprete, un hombre menudo (o que a su lado lo parecía), un tanto sumiso y cohibido (seguramente el único que en aquel tiempo sabía inglés en Valladolid), quien, tomando el megáfono de manos de Welles, nos hacía ver que en la escena de la escalinata debía reinar el desorden, pero dentro de un orden, y con objeto de evitar empellones y taponamientos los que subíamos deberíamos hacerlo por el lado de la balaustrada y, los que descendían, pega-

dos al muro. Ahora sí lo entendíamos, pero en la repetición de la escena, corregido el defecto inicial, surgió otro imprevisto, motivado, más que por nuestra impericia, por nuestro empecinado deseo de jueriga, y enmendado éste, otro nuevo, de tal manera que el monstruo, escupiendo trozos de habano y mesándose sus pocos abundantes cabellos, nos hizo repetir la escena más de quince veces. Aquella noche memorable se evidenciaron dos cosas: que un bocadillo de jamón y diez duros eran insuficientes para meter en disciplina a un extra español y que Orson Welles, el genio, cuyas películas parecían fluir de un modo natural y hasta espontáneo, era un director puntilloso, exigente, muy alejado de cualquier improvisación.

Ahora, a los pocos meses del fallecimiento del autor de «Ciudadano Kane», me vienen a la cabeza estos recuerdos, con más de seis lustros de antigüedad, y sus secuelas inmediatas: la sonada polémica que se armó con motivo del rodaje al considerar un grupo de vallisoletanos (con bastante sentido común) que aquel tinglado eléctrico, a base de empalmes, enchufes y conexiones, constituía un peligro para nuestros santos de palo, y nuestra gran decepción como intérpretes, al asistir, meses más tarde, al estreno de «Mr. Arkadin», en el derruido teatro Pradera, y comprobar que ni nosotros (bajo nuestras caretas bien estudiadas), ni las escenas de Bod Arden, ni las del baile en el claustro, ni las de las máscaras en la escalinata, ni siquiera la fachada de San Gregorio, tenían sitio en la película. El monstruo las había eliminado. Para él no contaba el desembolso, sino el valor estético de lo filmado, si bien es de justicia señalar que ni aun suprimida nuestra anárquica aportación contribuyó «Mr. Arkadin» a aumentar la merecida gloria de cineasta del gran Orson Welles.



Miguel Delibes
de la Real Academia
Española

F. GIL STAUFFER
INTERNACIONAL

Guardamuebles - Containers
CORRESPONSALES EN TODO EL MUNDO
Goya, 5 - 28001 Madrid
Teléfono 435 85 60

FOR SALE IN CONCHA ESPINA

Very representative and luxurious
apartment, 270 m² with garage
Teléfono 250 33 99

GIVENCHY
GENTLEMAN

Madrid
Boutique caballeros

LIQUIDACION
FIN DE TEMPORADA
50 % DESCUENTO

Concha Espina, 5
Teléfono 250 24 78
ABIERTO SABADOS TARDE

COMPRO
NAVE O TERRENO

de 2.000 a 5.000 m²

Zonas: Carretera Barcelona, Coruña, Burgos o
Andalucía. Interesados mandar situación, su-
perficie, características y precio
Apartado de Correos 15.172